

## “La última comida”, presentado bajo el pseudónimo “José Lobato” (Carlos Sanz Peña):

—Uno con leche, por favor— le dije al camarero.

Eran las nueve de la mañana. Ese mismo mediodía había quedado para comer con mi mujer Consuelo y mi hijo Miguel Ángel.

—Un café solo para el caballero —anunció el empleado.

Se había equivocado, pero lo acepté sin protestar. No quería discutir, no ese día. Miguel Ángel trabajaba en Eman Consulting, una empresa de contabilidad y asesoría fiscal, que le exigía muchas horas de trabajo. Conseguir que se acercara a Ermua para comer era todo un logro. Cogí el periódico para ponerme al día de la actualidad política. Eran tiempos convulsos. Jueves 10 de julio de 1997. Bajé la mirada. “El gobierno propone transferir la educación sin el dinero prometido.” La volví a bajar. “Blair defiende sus intereses en Gibraltar al tiempo que Aznar niega el conflicto.” Me sorprendió que la portada no mencionara a ETA o a José Antonio Ortega Lara. Últimamente, la organización terrorista acaparaba todas las portadas con sus variopintas atrocidades.

Pagué el café, abandoné el bar y emprendí mi camino al supermercado. Eran las diez y media, pero todavía se veía la luna. No la contemplé demasiado: me había entretenido mucho leyendo el periódico y tenía prisa. Iba a preparar el plato preferido de Miguel Ángel: alubias pintas estofadas con chorizo. Se notaba que era vasco.

Al llegar a casa, lo puse todo a punto junto a Consuelo. Ella se ocupó de preparar el entrante y el postre, mientras que yo hice el plato principal. Puse las alubias (que llevaban en remojo desde la noche anterior) a cocer en la olla exprés, y la cebolla picada a pochar con aceite de oliva.

Habíamos quedado a las doce y media, ya que Miguel Ángel tenía que volver al trabajo después de comer.

—Menudo hijo nos ha salido, ¿eh? Político y economista —dijo mi mujer.

—Desde luego. Va a llegar muy lejos —respondí.

Miguel Ángel llegó media hora antes de lo previsto. Dejó la chaqueta en el recibidor, se quitó los zapatos y nos dio un beso a cada uno. Como la comida aún no estaba lista, se sentó en el salón a leer la primera parte de El Señor de los Anillos, trilogía que le apasionaba. Me senté a su lado. Se encontraba completamente absorto, sin decir nada. La situación era algo incómoda, pero yo disfrutaba de su presencia.

—¿Cómo va la lectura? —pregunté, con ánimo de iniciar una conversación.

Miguel Ángel parpadeó varias veces, como si acabara de volver al mundo real.

—No estaba leyendo —me respondió—. Pensaba en España, y en ETA. Y en que el terror debe acabar cuanto antes.

No supe qué decirle. Miguel Ángel era concejal, y si a eso se le suma que vivía en el País Vasco, era normal vivir con miedo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —le dije finalmente.

Llegó la hora de comer. Nos sentamos en el comedor frente a un mantel a cuadros y un arreglo de flores que decoraba el centro de la mesa redonda.

Consuelo sirvió el entrante: huevos rellenos de atún y mayonesa, que devoramos en un santiamén. Posteriormente, serví las alubias, que nos duraron algo más.

—He dejado tu coche fuera, gracias por prestármelo—anunció Miguel Ángel. El día anterior había utilizado mi coche para desplazarse, en vez de recurrir al tren, como

hacía habitualmente.

Al terminar las alubias, Consuelo sacó el postre: sagargala, un pastel típico caracterizado por su dulce sabor a manzana y una textura cremosa en su interior.

Miguel Ángel se fue al terminar la comida. Era una persona muy puntual. Nos dio un beso a cada uno, como al llegar a casa, y se fue en dirección a la estación de trenes. Debía estar en su lugar de trabajo en Eibar a las cuatro menos cuarto.

Yo era albañil y, a pesar de ser mi día libre, decidí pasar por la obra a ver a mis compañeros de trabajo; así, de paso, bajaba la comida.

Fue una tarde tranquila. El paseo estuvo bien y me eché unas risas con mis compañeros de toda la vida. El camino de vuelta fue distinto: no había nadie por la calle, y un silencio sepulcral dominaba el pueblo.

Me entretuve viendo baratijas en los escaparates de las tiendas. Jamás me habían llamado la atención, pero si te fijabas, había de todo: muñecos solares con movimiento, llaveros, coches en miniatura, relojes de arena... Decidí comprar uno de estos últimos. Me pareció la representación material del paso inescrutible del tiempo.

A medida que me iba acercando a casa, empecé a discernir ciertos murmullos, que aumentaban a medida que me aproximaba a mi hogar.

Resultaron ser periodistas. Montones de ellos.

—¿Qué pasa? —pregunté, sorprendido.

—¿Es usted familiar de Miguel Ángel? —me abordó una periodista.

—Sí —respondí, asustado—. ¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Parece ser que lo han secuestrado —me anunció.

En ese momento aparecieron varios oficiales de la Ertzaintza, que me acompañaron al interior de la casa; muchos periodistas, que me hacían preguntas y más preguntas, y fotógrafos que me cegaban con los destellos de sus cámaras. De todas formas, yo casi no me daba cuenta. El mundo se me había venido encima.

Me senté en el salón, reprimiendo las lágrimas. Los oficiales se sentaron junto a mí. Me explicaron que los secuestradores habían localizado a Miguel Ángel al bajar del tren y que sus compañeros de trabajo dieron la voz de alarma al ver que se retrasaba. Posteriormente, me dijeron que ETA había reivindicado el secuestro a través de la radio Egin Irratia, y me enseñaron el comunicado:

—Gora EuskalHerria Sozialista... —empezaba una mujer.

Los secuestradores pedían el acercamiento de los 400 presos de la banda a cárceles vascas en un plazo de 48 horas. Si la condición no se cumplía a las 16 horas del sábado 12 de julio, matarían a Miguel Ángel.

Los vecinos de Ermua se concentraron delante de nuestra casa para darnos su apoyo. Consuelo llegó poco después de mí, tan destrozada como yo. Se sentó a mi lado en el sofá y lloramos. Lloramos hasta el anochecer.

Mi otra hija, María del Mar, nos llamó para decirnos que al día siguiente vendría a Ermua, y que nos quedaríamos tranquilos, que ella estaba bien.

Ni mi mujer ni yo dormimos en toda la noche. Tampoco quisimos encender la televisión. Los nervios se habían adueñado de nuestros cuerpos. La situación planteaba un dilema: si el Gobierno hacía caso a los terroristas, la banda se habituaba a secuestrar a personas inocentes para conseguir sus propósitos; pero si el Gobierno no les hacía

caso, matarían a Miguel Ángel. Matarían a mi hijo.

Al amanecer, salí por primera vez de casa. Aún quedaban muchos periodistas y varios vecinos frente a nuestro domicilio. Me hicieron preguntas y algunos me dieron ánimos, que de poco sirvieron.

Me dirigí al mismo bar en el que había desayunado el día anterior. El paseo me conmovió, al ver que prácticamente todos los balcones tenían lazos azules colgando.

-Una tila, por favor -le dije al camarero. Eran las nueve de la mañana. Ese mismo mediodía había quedado para comer con mi mujer y mi hija María del Mar.

-Una manzanilla para el caballero -anunció el empleado. Se había equivocado, de nuevo. Esta vez sí que discutí con él y reclamé la tila que había pedido.

Mientras la preparaba, pensé en algún comunicado para dárselo a la prensa y que nos dejaran en paz de una vez.

Cogí el periódico. Viernes 11 de julio de 1997. Bajé la mirada. "ETA secuestra a un concejal del PP y amenaza con matarlo en 48 horas." Mi hijo estaba en la portada de los periódicos. Leí una y otra vez, entre sorbo y sorbo, los artículos publicados por los distintos diarios. Decían que se habían convocado manifestaciones en diferentes ciudades para exigir a la banda terrorista la libertad de Miguel Ángel.

Pedí al camarero que encendiera la televisión. Miles de personas se estaban manifestando por mi hijo en Madrid, Barcelona, Bilbao... Me emocioné. Comprendí que el dolor que estaba causando ETA no era solo el mío, sino también el de todos.